

Turandot en Bellas Artes

por José Noé Mercado

Una de las principales expectativas del público que asistió al ciclo de funciones de la ópera *Turandot* de Giacomo Puccini —presentadas los días 28 y 30 de mayo, así como el 1 y 4 de junio en el Teatro del Palacio de Bellas Artes— fue la supuesta despedida operística en este recinto del concertador **Enrique Patrón de Rueda**.

Durante más de tres décadas, la entusiasta batuta del concertador mazatleco ha visto debutar o desfilar a las principales figuras, nacionales y extranjeras, que se han presentado en el escenario de Bellas Artes. Pero las condiciones para continuar esa labor “ya no son las mismas”, según dijo él mismo, y sin embargo continuará dirigiendo en otros lares, además de mantener su reconocida labor docente.

Esa magnífica experiencia de Patrón —que se cristaliza a través de un dominio de la imagen sonora, nunca demasiado matizada ciertamente, pero tampoco fuera de control, y sobre todo en el cuidado de la emisión vocal— fue patente en estas funciones que encabezó la soprano búlgara **Gabriela Georgieva** en el rol de Turandot.

La cantante mostró un timbre con el metal suficiente para abrirse paso entre la densa orquestación, cumpliendo además con sus cortantes agudos del segundo acto (‘In questa reggia’, escena de los enigmas). Sin embargo, la emisión en general fue algo lírica, tierna, lo que se tradujo en cierto esfuerzo extra para cumplir con el carácter dramático de “la princesa de hielo y muerte”, lo que al final (tercer acto) le generó fatiga.

En lo que se trató más bien de una actuación floja, el tenor **Carlos Arturo Galván** interpretó al Príncipe Calaf. En esta ocasión ni siquiera el entusiasmo y la entrega que le caracterizan impidieron un vibrato demasiado pronunciado, una emisión muy abierta que fue perdiendo brillo y compresión. No hubo Dos sobreagudos tan operacionales como espectaculares y su esperada ‘Nessun dorma’ fue cumplida a título de suficiente, pero con un *fiato* pobre.

Otro punto débil del elenco fue el bajo **Rosendo Flores**, quien como Timur evidenció una voz marchita, sin fuerza, alejado ya del esplendor vocal. Con mejores presencias vocales, el barítono **Enrique Ángeles** (Ping) y los tenores **Andrés Carrillo** (Pang) y **Víctor Hernández** (Pong) abordaron a las Máscaras y cumplieron dignamente, igual que lo hicieron **Ricardo López** como el Mandarín y **Oscar Santana** como el emperador Altoum.

Como la esclava Liù, la soprano **María Katzarava** tuvo la mejor confección de personaje, tanto en lo vocal como en lo histriónico, de entre todo lo visto en escena en esta ópera póstuma de Puccini. Su fraseo claro y cálido en sus dos arias (‘Signore, ascolta’ y ‘Tu, che di gel sei cinta’) permitieron apreciar la calidad de su canto, su experiencia en el rol, y el momento profesionalmente afortunado que atraviesa la cantante.



Escena de *Turandot* en Bellas Artes
Foto: Ana Lourdes Herrera

Preparado en esta ocasión por el maestro **Alfredo Domínguez**, el Coro del Teatro de Bellas Artes configuró una presentación lucidora, por momentos espectacular, si bien algo desmedido en volumen, lo que demuestra lo bien que puede interpretar el repertorio que le es familiar, y lo mejor que le iría con indicaciones de mayor matiz en el decibelaje. El Grupo Coral Ágape de niños, dirigido por **Carlos Alberto Vázquez**, tuvo aportaciones afortunadas en la función.

La producción de esta ópera que pone en escena la legendaria historia de la princesa china que a través de sus enigmas enviaba al verdugo a los príncipes que aspiraban conquistarla, fue el típico montaje que presenta la Ópera de Bellas Artes desde junio de 2005 con escenografía y vestuario de **David Antón** y trazo escénico de **Luis Miguel Lombana**.

La puesta funciona (pese a la iluminación algo cruda de **Laura Rode**); permite que la historia se cuente, si bien no hay demasiada innovación ni concepto más allá de la acumulación de cuadros escénicos casi estáticos tendientes al simbolismo, en los que el coro suele formar una herradura en cuyo centro los solistas cumplen sus actuaciones.

Se despidió así Enrique Patrón de Rueda de la dirección de títulos integrales en el Palacio de Bellas Artes. Su amor por la ópera, el porfiado instinto que le brinda comodidad y potencia en este género, y la necesidad de contar con su experiencia en el ámbito lírico de nuestro escenario más importante, permiten arquear la ceja con incredulidad para dudar de que así haya sido. Sólo se tiró al piso para que las autoridades, más adelante y con una mejor disposición para elaborar el espectáculo sin límites en armonía, lo levanten. ●

[Ver otras reseñas de *Turandot* en Bellas Artes en la sección **Otros voces** de nuestra página web: www.proopera.org.mx]